

GALLEGO BURIN Y TOLEDO



Ya es hora de que se vaya pregonando por ahí que el inmenso tesoro monumental y artístico que guarda Toledo, adormecido y como muerto en gran parte, ha encontrado al hombre capaz de redimirle y ordenarle, como en el milagro evangélico, que se levante y ande. Porque eso y no otra cosa es lo que ha hecho y lo que seguirá haciendo Gallego Burín con no pocos de nuestros monumentos y obras de arte: resucitarlos de un abandono secular, dar nuevo vigor a los que estaban agonizando y acrecentar, en definitiva, revalorizándolos, nuestra historia y nuestro arte, es decir, nuestra única riqueza y nuestro único timbre de legítimo orgullo, pues fuera de ellos nada le queda a Toledo de qué vanagloriarse.

Más de una vez —ahora visita nuestra ciudad casi a diario— se habrán cruzado los toledanos por esas calles de Dios con el Director General de Bellas Artes. Es un hombre delgado, ágil, de ojos menudos que lo examinan todo y no dejan ningún detalle en el aire, nacido para el arte, enamorado de Toledo como de una novia con la que se quisiera pasear todas las tardes por los senderos de los cigarrales.

Tuve el honor de acompañarle unas horas en uno de sus acostumbrados recorridos nocturnos por nuestra ciudad. Alumbrado por una cerilla dictaba sus instrucciones a arquitectos y técnicos en la vieja Posada de la Hermandad: un farol excesivamente grande; un banco mal reposado, una luz demasiado blanca... «De pequeños detalles están llenas las grandes obras» —decía—; en todo se fijaba y a todo atendía con cuidado exquisito, casi con escrúpulo.

En su haber cuenta ya con una larga lista de servicios prestados a Toledo: la reforma de la Plaza del Generalísimo, de la fachada del Palacio Arzobispal, de la lonja de la Catedral, antes tan discutida y ahora tan elogiada; la restauración y embellecimiento de la parroquia de Santiago, la magna Exposición de Carlos V en Santa Cruz, la ampliación del Museo Arqueológico Provincial, la recuperación del viejo Palacio de Fuensalida, destacan entre los más conocidos e importantes. Para su realización ha sido preciso dedicar no pocos millones de los no muy abundantes de que dispone la Dirección General de Bellas Artes para conservar el patrimonio artístico nacional.

Y él dice que no ha hecho más que empezar. Ahora

quiere rehabilitar lo que queda de la casa nativa de Garcilaso de la Vega, con un jardín a la entrada, un busto del poeta y sus libros; reformar el acceso de Visagra; redimir el taller del Moro; proseguir las excavaciones del Circo Romano; reparar el templo de San Román; reformar la plaza de Zocodover; habilitar las estancias superiores de la Puerta del Sol para instalar allí servicios de la Dirección General; ampliar el Museo del Greco con una nueva sala de pinturas procedentes de Santa Cruz; reformar la fachada exterior del Palacio de Justicia para que armonice con el ambiente de la plaza, etc., etc.

Se diría que, lejos de su Granada, ha encontrado en Toledo sus complacencias de hombre que vive por y para el arte y se alimenta del contacto diario con sus manifestaciones más auténticas y expresivas; él explica la incompreensión de muchos; le duele la oposición de algunos; no transige con los grandes rótulos comerciales ni las fachadas cochambrosas que afean nuestra ciudad. Es de los que aman a Toledo a pesar de algunos toledanos. Y si aún está vigente aquello de que «amor con amor se paga» y de «quien no es agradecido no es bien nacido», algo tendrá que hacer Toledo por corresponder a tantos esfuerzos y tantos sacrificios que en beneficio nuestro cargan a diario los hombros menudos de este hombre que es ya un toledano, de adopción, pero de pura cepa, capaz de dar lecciones de auténtico toledanismo a más de cuatro.

LUIS MORENO NIETO

El Emperador y el Caballero Romano



«...también alude a esto lo que sucedió al gran Emperador Carlos V con un caballero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotonda, que en la antigüedad se llamó el templo de los dioses, y ahora, con mejor vocación, se llama de todos los santos, y es el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad de Roma, y es el que más conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, o, por mejor decir, claraboya redonda, que está en su cima, desde la cual, mirando el Emperador el edificio, estaba con él y a su lado un caballero romano, declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura, y habiéndose quitado de la claraboya, dijo al Emperador:

—Mil veces, sacra majestad, me vino el deseo de abrazarme con vuestra majestad y arrojarme de aquella claraboya abajo, por dejar de mi fama eterna en el mundo.

—Yo os agradezco —respondió el Emperador—, el no haber puesto tan mal pensamiento en efecto, y en adelante no os pondré yo en ocasión de que volváis a hacer prueba de vuestra lealtad; y así, os mando que jamás me habléis, ni estéis donde yo estuviere.

Y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir Sancho que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera...».—MIQUEL DE CERVANTES.

